CUADERNOS
historia 16

Hitler al poder

José M. Solé, Carlos Forcadell y Julio Gil



57

140 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



Hitler en una de sus intervenciones

Indice

La República de Weimar

Por José María Solé Mariño
Historiador

FRACASADAS las últimas grandes ofensivas germanas, en septiembre de 1918, la próxima vitoria aliada se manifiesta de modo cierto. Es el momento en que el Estado Mayor del ejército alemán, que había venido ejerciendo una verdadera dictadura militar sobre el país, presiona en Berlín para conseguir la formación de un gobierno político que cargue con la responsabilidad de la petición de armisticio.

Con esta maniobra, el ejército, que había mantenido oculta a la opinión pública la real gravedad de la situación en los frentes, pretende quedar a salvo de cualquier posible crítica y preservarse como reserva de las supremas esencias de la patria.

Pero el proceso iniciado irá mucho más allá de lo que significaría un simple cambio de gobierno o una convocatoria para la formación de unas cámaras legislativas.

Guerra y revolución

El día 11 de noviembre de 1918 se firmará el armisticio con los aliados, pero en días anteriores se producían hechos fundamentales. Una serie de sublevaciones dirigidas a la formación de consejos obreros y militares a la manera rusa encienden a todo el país a partir de la base marítima de Kiel.

Culminando esta breve e intensa etapa, el día 9 se había obligado al emperador —demasiado comprometido con los responsables de la derrota— a firmar su abdicación al trono. La república se proclamaba en Munich y en Berlín.

De forma aparente, el gran partido socialdemócrata *—SPD—*, la mayor formación política del país, controla la situación. Domina a los consejos y sitúa a sus hombres en los puestos clave del nuevo régimen.

De hecho, los socialistas no son más que meros instrumentos utilizados en esta difícil coyuntura por las tradicionales clases dominantes con ánimo de controlar una situación que se ha vuelto amenazadora. Estos sectores prefieren mantenerse en la sombra por el momento, a la espera de la prevista pacificación de ánimos.

Esos días de noviembre suponen de hecho, para Alemania, el hundimiento del viejo mundo. El Segundo Reich había constituido en muchos aspectos un verdadero anacronismo dentro de la Europa industrializada. Un autoritarismo templado, que nunca llegó a la dictadura efectiva, regía la vida del país.

Bajo el apogeo de la burguesía, las clases obreras gozaban de un nivel medio de bienestar



Cartel electoral publicado durante la época de la República de Weimar

gradualmente mejorado gracias a los avances de una técnica en continuo progreso. En la cúspide del Estado, una aristocracia potente conservaba formas de vida arcaizantes. Para las extensas clases medias dominaba una sensación general de seguridad, que se perdería con la derrota y que habría de constituir el principal motivo de añoranza de quienes pretendían establecer la fácil comparación entre el tiempo pasado y los caóticos años que le sucederían.

La Alemania de la posguerra nace a la paz cargada con el pesado lastre de la derrota, que habrá de ensombrecer de forma determinante la vida de la incipiente república.

Los socialdemócratas alemanes, tolerados en la época imperial, parecían encontrar ahora su oportunidad histórica para la edificación de una nueva sociedad. Considerados —a pesar de su gran número— como un sector marginal por la burguesía dominante, esperaban obtener, tras la derrota, la integración social que tanto anhelaban.

Será precisamente este complejo de inferioridad lo que, junto a otras causas, les incapacitará para dirigir las transformaciones revolucionarias que de ellos se esperaban.

En realidad, el partido socialdemócrata, en busca de esa integración, había apoyado hasta el fin la política ultranacionalista y militarista de los grupos dirigentes durante la guerra. Y, llegado el momento, habían proclamado la república cargados de fuertes reticencias. Para ellos, en su perpetua inseguridad, una monarquía parlamentaria hubiera sido preferible a una república nacida entre el caos y que era depositada en sus manos sin haberla deseado.

Este fundamental defecto de nacimiento habría de afectar al régimen durante toda su existencia. La debilidad efectiva de la socialdemocracia —única sustentadora sincera del sistema democrático— supondría la consiguiente precariedad estructural de éste.

Han sido planteadas muchas hipótesis acerca de la verdadera naturaleza de la denominada *revolución de noviembre.* Las que poseen mayor fuerza son las que afirman que en ningún momento tuvo lugar tal *revolución.*

La socialdemocracia había abandonado ya con mucha antelación la vía radical. La mayor parte de sus votantes obreros habían demostrado preferir el camino de las progresivas reformas dentro del sistema capitalista. Esto les había valido la disidencia y los ataques de los sectores partidarios de posiciones más drásticas, sobre todo de los denominados *espartaquistas,* futuro germen del partido comunista alemán.

Dentro de esta línea, determinada por la moderación y la prudencia, la alianza de los dirigentes socialdemócratas con las fuerzas tradicionalmente dominantes no se presenta como una salida ilógica. El legalismo del *SPD* —tenien-





Dos carteles alemanes del año 1923. El de arriba alude al levantamiento comunista en Baviera. El de abajo, a la ocupación de la región del Rhur por los franceses

do en cuenta su falta de experiencia en el poder— se une de esta forma al oportunismo de la derecha clásica para el establecimiento de una república democrática y burguesa, que tranquilice los ánimos de una población atemorizada ante la inseguridad material y agitada por el espectro bolchevique que parece sobrevolar el país procedente del este.

La primera república alemana

Debido a esta circunstancia previa, Alemania entra en la vía del reformismo controlado. Se establecen la jornada de ocho horas, los convenios colectivos y el sufragio universal junto a otras moderadas disposiciones, y se conserva íntegramente toda la estructura socioeconómica anterior. El antiguo régimen pervive en los enormes privilegios casi feudales de la aristocracia terrateniente, en la gran industria y en la alta finanza. Ninguna nacionalización se lleva a efecto sobre las propiedades de quienes habían constituido la base de sustentación del régimen caído.

Como complemento, la administración, la justicia y el ejército, verdaderos centros de reacción, permanecen intactos en su organización y personal, constituyendo así el primer factor de la debilidad congénita del régimen recién nacido. Durante toda su trayectoria, estas clases conservadoras en ningún momento dejarán de agitar ante la socialdemocracia el estigma de un pretendido *antinacionalismo,* como medio para conseguir de ella concesiones, compromisos, tolerancia y, en definitiva, sumisión ante la actividad de los enemigos de la república.

El sistema denominado *de Weimar* se organiza formalmente sobre la constitución promulgada en agosto de 1919. Mezcla de parlamentarismo clásico y de formas de presidencialismo, este texto habría de servir para amparar legalmente todos los ataques que sufriría el régimen que en él se basada.

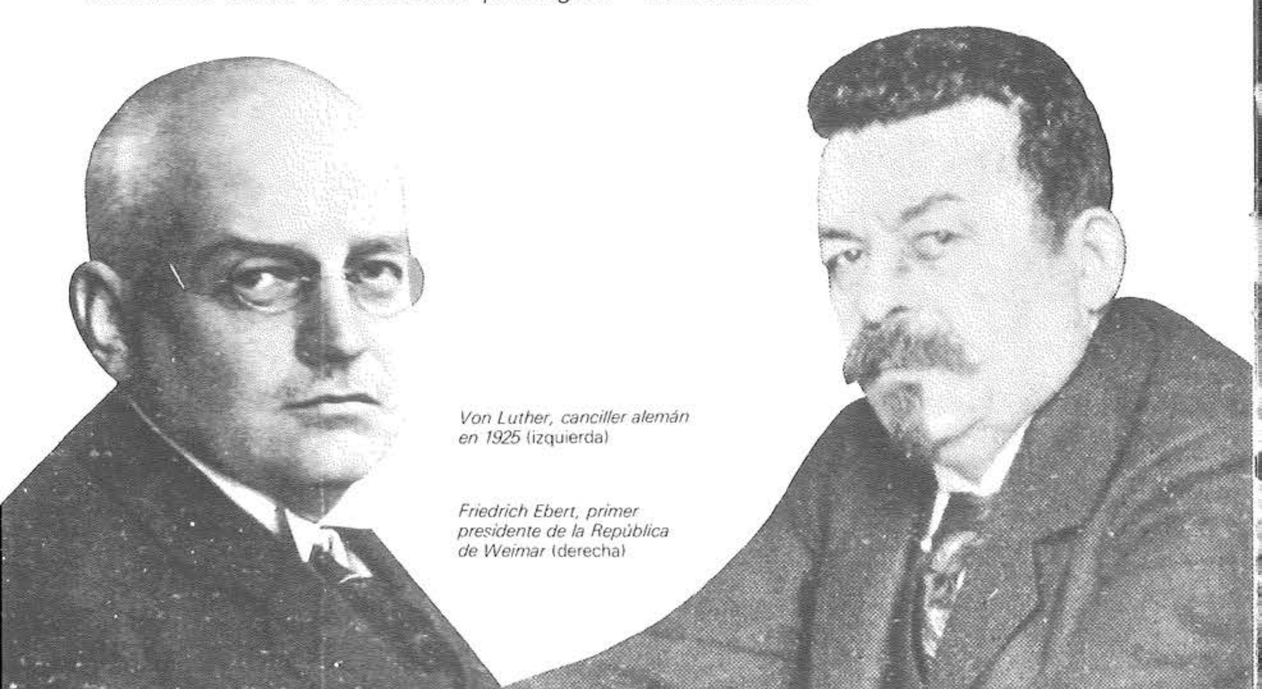
En esta *républica sin republicanos,* quienes la sustentaban no eran capaces de actuar con suficiente energía. Y quienes la combatían lo hacían en prosecución de unos fines concretos, muy seguros de su posición y conscientes de su papel.

Los padres de la república habían tratado de tranquilizar a los sectores potencialmente opositores. Y, para ello, tuvieron que verse obligados a aplastar cualquier tendencia de la extrema izquierda a la transformación revolucionaria. Correspondientemente, la legislación nunca superaría las soluciones intermedias ni llegaría al fondo de los problemas, porque hubiera puesto en cuestión todo el entramado establecido.

La larga tradición autoritaria alemana hace posible que en ese 1919, de cuantos partidos concurren a las primeras elecciones, aparte del *SPD* —de ideología indiscutiblemente democrática— solamente dos, el Partido Democrático Alemán y el Partido del Centro, se acercan a posiciones de clara aceptación de la república, y no sin aportar todo tipo de susceptibilidades y reservas.

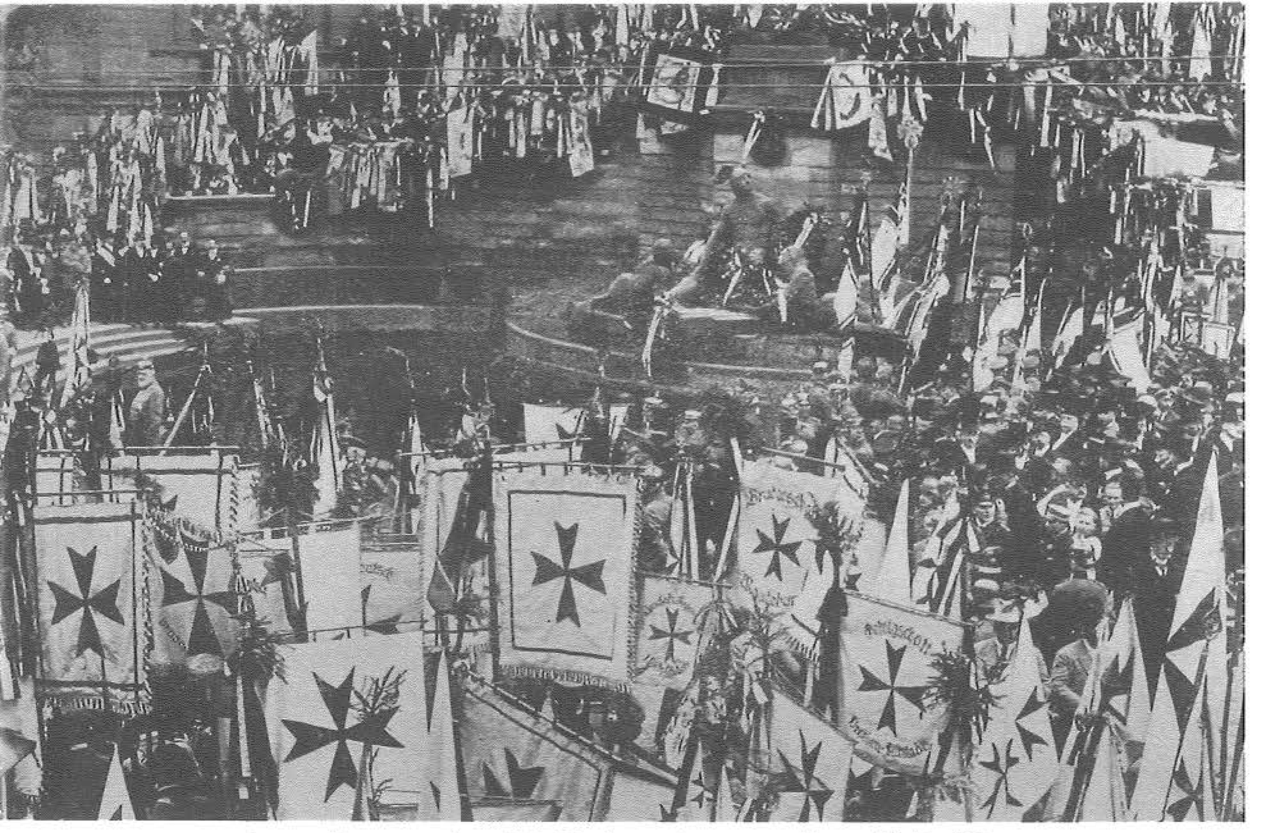
Por parte de los demás era, pues, la tácita agresión contra el sistema desde su mismo interior. Teniendo esto presente, es posible hoy observar la lógica de toda la dramática y aleccionadora experiencia social y política que representan los años en que Alemania vivió bajo su primer sistema democrático.

No es aventurado afirmar que la historia de la primera república alemana es la reseña del encarnizamiento de sus enemigos, empeñados en su destrucción.



Von Luther, canciller alemán en 1925 (izquierda)

Friedrich Ebert, primer presidente de la República de Weimar (derecha)



Demostración pangermanista en Halle, Sajonia, ante el monumento del general Moltke, 1924

La gran derecha clásica —burguesía en todos sus niveles, vieja aristocracia, grandes propietarios, industriales y financieros— supera enseguida el bache que supone la aparición de un nuevo régimen al que, por principio, se opone. Y llega incluso a entrar en el juego parlamentario, sobre todo desde un nuevo partido, el Nacional Alemán del Pueblo. En muy poco tiempo agrupa a todos los posibles opositores a la república, alrededor de unos principios ideológicos antidemócraticos que forman parte de su idiosincrasia.

El ejército, fuertemente disminuido en número por el Tratado de Versalles, constituirá también otro refugio fundamental para los enemigos del sistema. En ningún momento, los altos jefes militares ocultaron su verdadero pensamiento antirrepublicano. Y en estos momentos de caos utilizan su propia fuerza y el temor de los socialdemócratas para influir decisivamente sobre la vida política.

Aunque, finalmente fracasados, los golpes reaccionarios dirigidos por Kapp en Berlín, en marzo de 1920, y por Hitler en Munich, en noviembre de 1923, demostrarán palpablemente las implicaciones que estas posiciones encuentran en el seno de las fuerzas armadas, siempre dispuestas a coaccionar y a debilitar a la clase política y al régimen mismo, al que llegan a negar la defensa necesaria en los momentos de peligro.

Gracias a esta presión constante, la *Reichwehr* se convertirá en un cuerpo privilegiado en todos los sentidos. Su perfeccionamiento, llevado a cabo a espaldas de los aliados, pondrá en manos del partido nazi, llegado el momento, una formidable maquinaria de guerra.

De hecho, en la etapa de Weimar, el ejército nunca tuvo especial interés en acceder directamente al poder, a pesar de las continuas incitaciones que en esa dirección recibía por parte de los sectores ultraconservadores. Los jefes militares preferían mantener su condición de inexorable y poderoso grupo de presión, cumpliendo todas sus apetencias y apartándose de la lucha política visible, que hubiera podido empañar su imagen ante la población.

Para la lucha contidiana e ingrata, la derecha encontraba más ventajoso utilizar la acción de los grupos paramilitares que proliferaban desde la finalización de la guerra y que constituían, junto con multitud de minúsculas asociaciones patrióticas y antisemitas, unos verdaderos bajos fondos de la reacción. Son sectores despreciados por la burguesía y el ejército, pero con los que habrían de pactar llegado el momento del asalto contra el sistema republicano.

La clase intelectual establecida constituía, en su mayor parte, uno de los más firmes reductos del conservadurismo. En el verano de 1914, el sociólogo Max Weber y el literato Thomas Mann habían aplaudido el inicio de la guerra agresiva.

Como ellos, en universidades, editoriales y círculos ilustrados, la *intelligentsia* —salvo casos muy aislados— observaba con desconfianza y

desdén el desarrollo de la política republicana, que de esta forma careció del esencial apoyo que supondría el favor de esta influyente clase social. Junto a esto, las posiciones resueltamente antidemocráticas de los miembros de la judicatura les llevaban a actuar en su función de forma extremadamente benévola a favor de probadas actuaciones delictivas de elementos de extrema derecha. Por contra, las sentencias emitidas contra delitos, no siempre probados, de miembros de agrupaciones de izquierda merecían las más duras condenas.

La burocracia estatal servía con mucho menor entusiasmo a la república que al extinto imperio y que, en un futuro, al Tercer Reich. Las iglesias, católica y protestante, tampoco demostraban en sus actitudes el menor favor hacia el régimen, lo que enajenaba a éste todo posible respaldo de los creyentes.

Enemigos, pues, formidables que, si en algunos momentos actúan de forma arbitraria —asesinatos de Rathenau, Erzberger y muchos más—, buscan, ante todo, la eficacia en su acción de zapa. En una actitud aparentemente paradójica, promueven la ruina de una situación que les había permitido conservar intactos todos sus intereses y privilegios, pero que al mismo tiempo no les ofrecía garantías de permanencia, a pesar de que esa estabilidad dependía en gran medida de su propia actitud.

Como escribe el tratadista Ernst Nolte, *la derecha se sirvió de las instituciones liberales para alcanzar el poder y, una vez éste en sus manos, destruirlas.* Junto a estas fuerzas adversas de primera línea aparecen otras no menos esenciales: el extenso campesinado propietario medio y pequeño y la baja burguesía irán agrupándose progresiva pero decididamente en las filas de la reacción antirrepublicana, hasta constituir los más firmes bastiones del nacionalsocialismo.

El fantasma bolchevique será muy utilizable para fomentar el temor de estas clases, menos afirmadas que las anteriores e inseguras de su posición dentro del esquema general de la sociedad.

Enfrente, la dilatada clase obrera y los reducidos sectores burgueses de ideología democrática —entre los que aparece un significativo número de judíos— se ven imposibilitados para sostener a la república, combatida por fuerzas muy superiores.

El proletariado alemán, numéricamente muy extenso, conoce además en su interior la falta de unidad. Una inmensa mayoría seguirá apoyando a una socialdemocracia que le proporciona mejoras en todos los órdenes dentro de un sistema capitalista al que ya ha dejado de combatir por principio. Hasta la muerte de la república, este electorado mantendrá sus posiciones iniciales, pero no hará nada válido para detener la catástrofe que se avecina.

Por su parte, la extrema izquierda, nacida de la disidencia intelectual, adoptará actitudes crecientemente opuestas al sistema liberal y muy pronto se convertirá en un valioso instrumento de la política exterior soviética. En su antagonismo con respecto a la socialdemocracia llegará en algunos momentos a identificarse con el nazismo ascendente.

Insurrección y miseria

Una gran masa de obreros votantes del partido comunista —mayoritarios entre los millones de parados— entregarán su voluntad expresada electoralmente al partido nacionalsocialista, cuando en los momentos de crisis, repetidos una y otra vez, ofrezca soluciones para este *proletariado dentro del proletariado* que constituían los trabajadores afines a la extrema izquierda.

A principios de 1919, mientras en la ciudad sajona de Weimar —cuna sentimental del clasicismo alemán— se configura la institucionalización del nuevo régimen, el país entero hierve. La primera semana de enero —la semana revolucionaria espartaquista— se saldará en Berlín con decenas de muertos.

El sector disidente de la socialdemocracia propugnaba la ya imposible revolución. El levantamiento se hunde en la represión que alcanzará a sus máximos dirigentes. Karl Liebcknecht y Rosa Luxembourg son asesinados por militares de derechas.

El comunismo alemán nunca se repondrá de la pérdida de sus mejores mentes. Para entonces, también el amotinamiento de los marinos de Kiel en el antiguo palacio real de Berlín y el estallido de reductos soviéticos en varias zonas han sido resueltos sangrientamente por la acción del ejército y la policía, avalados por la socialdemocracia en el poder.

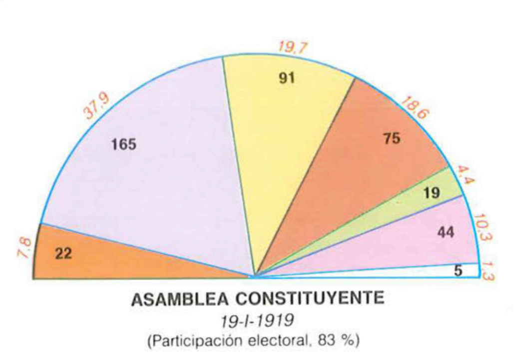
Aprovechando esta situación, Baviera manifiesta la precariedad del sistema federal impuesto en Alemania tras la unificación. El socialista utópico Kurt Eisner, y con él la burguesía de la región, dirige la oposición contra el centralismo prusiano.

Su asesinato, cometido en febrero de 1919 por un aristócrata derechista, provoca la reacción de la extrema izquierda que, durante los meses de abril y mayo, establece una república de consejos en Baviera.

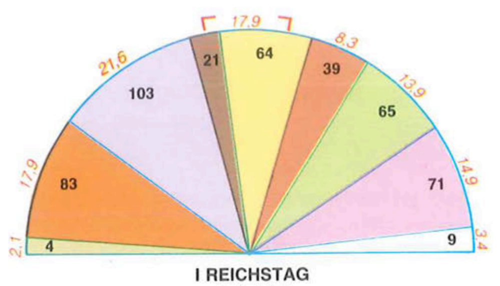
La acción del gobierno central no se hará esperar, y la invasión y *pacificación* de la zona costarán centenares de ejecutados sumariamente. El eje de la contrarrevolución se instala en un Munich escenario de las primeras andanzas políticas de un cabo austríaco llamado Adolf Hitler.

Pero el verdadero peligro para la república nunca habría de venir de esa extrema izquierda minoritaria y siempre reprimida con saña. La derecha actúa ya utilizando la gran farsa de la *puñalada por la espalda,* según la cual el ejérci-

LAS ELECCIONES AL REICHSTAG ALEMAN



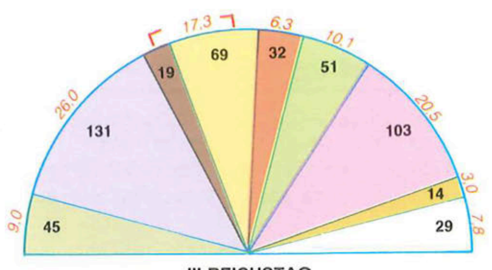
ASAMBLEA CONSTITUYENTE
19-I-1919
(Participación electoral, 83 %)



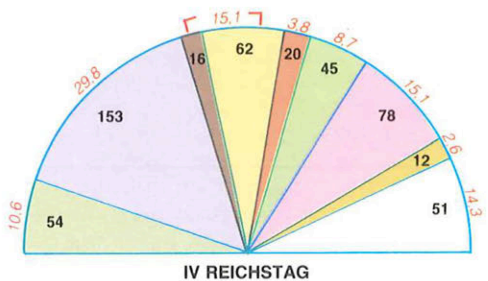
I REICHSTAG
6-VI-1920
(Participación electoral, 79 %)

16,6
5,7
9,2
20,5
19,5
6,6
12,6
9,3
16
65
28
45
100
95
32
62
29

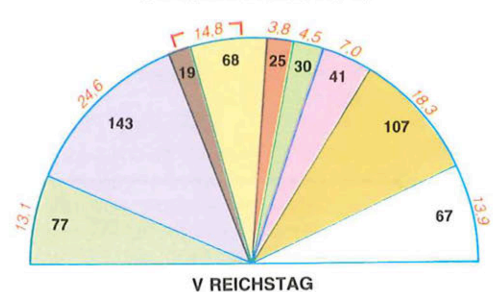
II REICHSTAG
4-V-1924
(Participación electoral, 76,3 %)



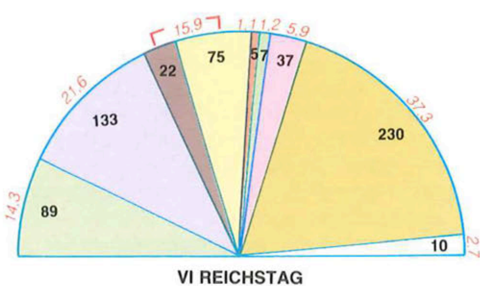
III REICHSTAG
7-XII-1924
(Participación electoral, 77,7 %)



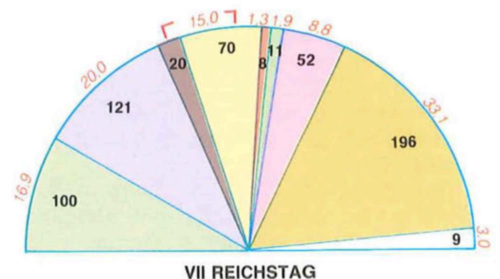
IV REICHSTAG
20-V-1928
(Participación electoral, 74,6 %)



V REICHSTAG
14-IX-1930
(Participación electoral, 82 %)



VI REICHSTAG
31-VII-1932
(Participación electoral, 84,1 %)



VII REICHSTAG
6-XI-1932
(Participación electoral, 80,6 %)





100 Diputados al Reichstag

8,1 porcentaje de votos

G. LLORENTE

to había sido traicionado por la clase política y obligado a una innecesaria y humillante rendición.

Respaldada por los altos militares, verdaderos responsables de la derrota, esta falacia habría de servir para enajenar todavía más voluntades al régimen, que se debate en gravísimos problemas económicos culminados con la inflación de 1923. Para entonces, los fallidos *putschs* de Kapp y Hitler-Ludendorf ya han mostrado el verdadero rostro de la situación. El final de ambos es la impunidad total o la imposición de ligeras penas sobre los responsables, y la represión de la protesta de la clase obrera contra la agresión conservadora.

Colapso del marco

Como enseñanza práctica, queda demostrado qué sectores poseen el poder real, y cómo son capaces de utilizar a una socialdemocracia dócil para dirigir la evidente derechización que sufre el régimen, expresada a lo largo de las sucesivas consultas electorales efectuadas.

Las cuestiones económicas habrían de determinar toda la política de la república. Nacida ya con la carga de onerosas reparaciones que los países vencedores reclaman, las vicisitudes sociales y políticas que sufre son fáciles de comprender en un sistema que nunca logró un mínimo grado de asentamiento.

En enero de 1923, la Francia de Poincaré procede, junto con Bélgica, a la ocupación de la zona industrial del Rhur como muestra de fuerza dirigida a la obtención del pago de las reparaciones. La resistencia pasiva de los habitantes, preconizada por el gobierno de Berlín, acaba en pocas semanas con la debilitada capacidad económica del Estado.

El marco sufre el definitivo colapso y la inflación se dispara llegando a niveles difícilmente creíbles. Como simple nota ilustrativa, cabe señalar que la moneda alemana que en 1921 se cotizaba a 270 por dólar, llega a cambiarse dos años más tarde a 4,200.000.000.000 por la misma cantidad. Obviamente, la situación general es desastrosa.

La pérdida del valor del dinero, junto con el descenso de la producción y el vertiginoso aumento del paro, colocan a Alemania al borde del abismo. Las consecuencias de la brutal inflación serán considerables.

Mientras se produce la ruina de la pequeña burguesía ahorrativa, las grandes empresas multiplican sus beneficios y es la hora de los negocios oscuros, rápidos y beneficiosos.

La consecuencia psicológica reviste también una profunda gravedad: la población pierde la confianza en las instituciones. Pero enseguida, por medio de la política equilibradora dirigida por Stressemann, partiendo de la creación de una nueva moneda, contribuirá a la solución del problema. En 1924 se abre para Alemania el único período estable, tanto económico como social y políticamente, que conoce desde el fin de la guerra.



El mariscal Hindenburg, segundo Presidente de la República Alemana

Mientras no acecha todavía el desastre de 1929, la economía alemana, nutrida por fuertes inversiones extranjeras, efectúa un despegue imparable merced a sólidos principios de modernización y racionalización. El auge de los salarios hace disminuir la lucha obrera, mientras el paro es reabsorbido por la expansión industrial.

Esta recuperación económica general produce la subsiguiente pacificación en la vida política. Los partidos extremistas —comunistas y nazis— pierden electores, mientras la derechización progresiva de la república se muestra imparable.

Se suceden los gobiernos de coalición, pero la socialdemocracia ya ha perdido su papel preponderante. Muestra de este conservadurismo invasor es la elección del anciano mariscal Hindemburg —modelo de las tendencias más regresivas— como presidente de la república tras la muerte —en 1925— de su antecesor en el cargo, el socialista Ebert.

En el plano exterior, son los años de la gran política dirigida por Stressemann. Tras la imposición del Tratado de Versalles, Alemania había perdido, además de todas sus posesiones coloniales, un 13 por 100 de su territorio y un 10 por 100 de su población. Y, aparte del quebranto económico que suponen las reparaciones a los vencedores, el orgullo alemán quedó malherido.

La derecha había instrumentalizado esta humillación nacional en su provecho, haciendo cargar sobre la clase republicana todo el peso de la responsabilidad. Pero cuando en el interior del país se establece un cierto grado aceptable de calma, parece llegado el mo-



Propaganda electoral en Berlín durante las elecciones de 1924

mento del inicio del acercamiento a los antiguos enemigos.

La cuestión de las reparaciones era, en principio, el mayor impedimento para alcanzar acuerdos. La capacidad económica de Alemania no le permitía hacer frante a este compromiso. Estados Unidos y Gran Bretaña, interesados en el mercado alemán, adoptan posturas conciliatorias, frente a una Francia que, en ocasiones, actúa exasperadamente sobre Alemania con ánimo de obtener los pagos de los que se considera principal acreedora. Pero la política de entendimiento, cristalizada sobre todo a partir del Tratado de Locarno, de 1925, obtiene resultados positivos.

Los pagos escalonados se harán mediante reglas estipuladas por sucesivos planes propuestos por expertos norteamericanos —Dawes y Young—, que permiten a Alemania entregas anuales de capital y bienes, que se cumplen escrupulosamente hasta el momento de la gran crisis.

Tras el sorpresivo acuerdo con la Rusia soviética, concluido en Rapallo en 1922, Alemania se abre totalmente a la política europea. Su entrada en la Sociedad de Naciones, en 1926, significa el fin oficial del ostracismo a que la derrota la había arrojado.

Para los elementos antidemocráticos en Alemania esta política de concordia es presentada como una nueva traición a la patria. Para ellos, la figura de una Alemania humillada y escarnecida es mucho más utilizable demagógicamente en su proceso de envenenamiento de las relaciones entre la población y los políticos republicanos. Pero de hecho, los pasos básicos están dados, y todo parece indicar un futuro definido por la normalización en materia exterior.

En otro orden de cosas, son también los años en que la vida cultural asciende en Alemania hasta los más altos niveles. Berlín se convierte en el principal centro de cultura y diversión de Europa. En este sentido, las realizaciones que se llevan a cabo durante este ambiguo período, aún hoy sorprenden por su riqueza, abundancia y audacia. Los nuevos creadores se lanzan a osadas interpretaciones de las artes que, debido a su calidad, conservan —pasadas seis décadas— todo su valor y eficacia. La arquitectura y el diseño, la escultura y la pintura, el teatro y el cine, la literatura y la música, en conjunto, todas las formas posibles de expresión conocen en esta etapa un florecimiento jamás igualado. La *Bauhaus* de Weimar, centro de experimentación de arquitectura y diseño, que reúne a los mejores especialistas en la materia, podría servir como modelo arquetípico de este espléndido momento cultural.

Son las paradojas de la historia humana las que permiten que, una Alemania que se va acercando rápidamente a la mayor barbarie y destrucción, conozca el mayor grado de refinamiento intelectual cuando ya las señales que anuncian el sombrío porvenir acrecientan su amenazadora presencia.

Hacia el desastre

El hundimiento de la bolsa de valores de Nueva York, en octubre de 1929, provocará una crisis de dramáticas consecuencias en todos los países incluidos en el sistema capitalista. La radicalización social subsiguiente llevará en muchas ocasiones a la adopción de medidas autoritarias que impondrán dictaduras en lugares donde hasta entonces se habían mantenido en difícil equilibrio formas de democracia liberal.

En Alemania, los efectos comienzan a sentirse hacia 1930, y la recepción de la crisis será total. La retracción de los capitales extranjeros se une a la fuga de capitales y a la sucesiva quiebra de importantes entidades bancarias.

La economía se desintegra y muestra su real fragilidad, oculta tras cinco años de aparente opulencia. Se intentan medidas deflacionarias para sostener la moneda, y el desempleo crece imparablemente. La agitación aumenta en el campo laboral.

A principios de año 1931 se contabiliza la cifra de cinco millones de obreros parados. La sensación de temor e inseguridad vuelve de nuevo a apoderarse de todos los niveles sociales. Es, de nuevo, el momento de los extremismos.

En el plano político, se abre la pendiente final que conducirá a la muerte de la república. Con el fondo de unas elecciones que manifiestan un fuerte aumento de los radicalismos opuestos, los últimos cancilleres —Brüning, Papen y Schleicher— apartan ya de las decisiones gubernamentales a los socialdemócratas.

Ahora son llamados al poder hombres que gocen de la confianza de los poderes tradiciones. Aún manteniéndose la apariencia legal del Parlamento, la legislación de excepción por decreto se convierte en norma de uso corriente, utilizando los poderes especiales que la constitución confiere al jefe del Estado en situaciones anómalas.

El ejército aumenta su presencia en la escena política, mientras el partido nacionalsocialista va configurándose como la mayor formación del país. La derecha clásica se ve superada por los acontecimientos, y comienza a plantearse la posibilidad de colaboración con un partido al que hasta entonces había despreciado, y utilizado como fuerza de choque en la defensa de sus intereses.

Ante estos hechos, la socialdemocracia descubre definitivamente su debilidad, a pesar de seguir contando con el respaldo de millones de votantes. Para los comunistas, el socialismo moderado significaba la traición a los ideales proletarios, y su negativa a la colaboración contra el peligro nazi impide la unión de la izquierda que hubiera hecho posible la interrupción del ascenso fascista. Debido a su política de concesiones y tolerancia con la burguesía, llegado el momento extremo del temor obrero ante las caóticas circunstancias que vive el país, no sabe encontrar soluciones válidas.

La mayor parte del proletariado alemán, a partir de la industrialización comenzada en la etapa de Bismark, se había ido acostumbrando a un lento pero progresivo aumento de su nivel de vida. Esto les había inducido a apoyar la postura de compromiso que evitaba el enfrentamiento entre el *SPD* y las clases dominantes. Las sucesivas concesiones encontrarán en 1933 su funesta consecuencia.

La pérdida de combatividad queda puesta de manifiesto en la reacción de recogimiento con que la izquierda organizada, potencialmente poderosa, admite el auge de la reacción nacionalsocialista. Este repliegue no haría más que acrecentar el vigor de los seguidores de un Hitler que va acercándose rápidamente al poder.

El partido comunista alemán —*KPD*— actúa según directrices de Moscú, que considera mucho más peligroso el espíritu occidentalista y aburguesado de la socialdemocracia que el irracional nacionalismo del partido nazi. Este gran error había de constituir una de las causas fundamentales en el proceso de destrucción de la democracia alemana.

Por otra parte, es preciso observar la transferencia de votos —anotada antes— que se produce recíprocamente entre los dos partidos extremistas, cuando el abandono de las posiciones moderadas sea la tónica general dominante. Para el obrero comunista, que considera al trabajador socialdemócrata un *aristócrata dentro del proletariado,* será de esta forma muy fácil apoyar en las urnas a la opción nacionalsocialista que, en primer término le ofrece soluciones concretas al problema básico de la falta de trabajo.

En definitiva, y una vez instalado en el poder el partido nazi, la represión más violenta caerá sobre los activistas o simples miembros declarados de ambos partidos obreros. Será entonces, desde la clandestinidad, la hora del examen de conciencia y de reflexión acerca de posibilidades no aprovechadas en su momento.

Todos los sectores de la derecha observan la escalada nazi con ánimos muy diferentes a los del proletariado. La derechización de las clases medias, azotadas por las crisis económicas y acometidas sin pausa por la propaganda de un virulento nacionalismo, xenófobo, racista y amargo, acaba por entregar su voluntad al nazismo.

Agonía republicana

La promesa de soluciones al caos material, del restablecimiento de una Alemania fuerte y orgullosa, de la anulación del supuesto peligro bolchevique, son razones suficientes para la elección de la vía reaccionaria, incluso por parte de quienes se habían mantenido fieles a los principios democráticos. La alta burguesía se fascistiza por temor a perder su lugar en la sociedad.

Y, por encima de estas tomas de posición prácticas, es preciso tener en cuenta la proclividad al contagio de las ideologías autoritarias por parte de los niveles superiores a la media. En definitiva, esta burguesía estaba hecha a la medida del estado autoritario bajo el que nació, y la falta de tradiciones liberales y democráticas formaba parte de su propia forma de ser.

La formación de partidos conservadores había constituido una necesidad en el momento en que fue preciso no quedar apartados de las posibilidades que ofrecía la política parlamentaria. Pero en ningún momento estas clases poseedoras creyeron en la democracia como sistema de organización e integración nacionales. Por ello, no les resulta demasiado difícil vencer



Cartel del Partido Comunista alemán editado durante unas elecciones regionales en Württemberg (años veinte)

cualquier tipo de escrúpulos y aliarse con unos elementos que les ofrecen un futuro en el que las cosas vuelven a estar de nuevo ordenadas según su ideario.

El profesor Francis L. Carsten anotaba: *La propaganda nazi difirió de la de los nacionalistas sólo en cuestión de grado, pero no en los principios.* Esta táctica favoreció la creación de un nexo de unión con posiciones conservadoras que de esta forma no observaban los siempre temidos espacios vacíos existentes entre ideologías opuestas.

Junto a este antagonismo de los grupos decisorios, la república tampoco había podido aportar figuras o soluciones que sustituyesen a las del régimen que le había precedido.

La república de Weimar puede ser tomada como patético modelo del sistema democrático que es estrangulado poco a poco desde el mismo momento de su nacimiento. Queda en la historia como uno de esos dolientes ejemplos de oportunidades perdidas.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler jura el cargo de canciller de Alemania. El partido nazi obtiene así el reconocimiento práctico de una carrera que le ha llevado a gozar del favor de millones de sus conciudadanos.

Este acto protocolario representa la firma del acta de defunción del régimen republicano. En muy pocos meses, las instituciones y las personas que lo sostenían habrán desaparecido, suprimidas por el *Nuevo Orden*. En esa noche de enero —hace ahora cincuenta años—, las innumerables antorchas que portan los cientos de miles de personas que desfilan por las calles de Berlín celebrando el triunfo nazi, prefiguran el decorado que rodeará en los años siguientes el desarrollo del Tercer Reich.

Hitler y el nazismo

Por Carlos Forcadell Alvarez
Profesor de Historia Contemporánea. Universidad de Zaragoza

EL movimiento nazi y la persona que lo encarnó permanecen en cierta manera como un enigma para la conciencia alemana y europea, a pesar del detalle y profundización con que han sido estudiados, de las pormenorizadas explicaciones e interpretaciones que han suscitado.

Cuando se remite el ascenso nazi al apoyo de los elementos más terroristas del capital monopolista, tal y como fue explicado por la Internacional Comunista y sus epígonos, se olvida analizar el proceso que condujo a la pequeña burguesía a los brazos del gran capital. La historiografía de tendencia socialdemócrata obvia a menudo el problema del desencanto y del giro totalitario de amplias capas pequeñoburguesas influidas anteriormente por el socialismo alemán.

En 1924 Gramsci advertía que *el hecho característico del fascismo consiste en haber conseguido ser una organización de masas de la pequeña burguesía. Es la primera vez que este hecho se produce en la historia.*

Este sería el punto de engarce original entre el desarrollo del movimiento y del partido nacionalsocialista y la biografía inicial de Adolf Hitler, vinculada en las propias palabras del autor de *Mein Kampf* a una pequeña burguesía *grupo social que se ha elevado desde hace poco tiempo por encima del nivel de los trabajadores manuales... y que guarda el recuerdo odioso de la miseria cultural de esta clase inferior,* en la que el caso personal de Hitler —temor a la proletarización y deseos de ascenso social mezclados con un patente resentimiento contra oligarquías económicas y políticas— coincide con una evolución colectiva enmarcada en una República de Weimar que, al igual que el nazismo, nace de la derrota alemana.

Biografía de un inadaptado

La historia de Hitler y del movimiento nazi se desarrolla en contrapunto con la del régimen de Weimar; los períodos de crisis política son momentos de impulso nacionalsocialista, mientras que las fases de estabilización republicana coinciden con reflujos de la organización y de la práctica hitlerianas.

A la postre, y con el trasfondo de los efectos de la depresión económica de 1929, también el gran capital va a apoyar el partido y el movimiento a cuya cabeza se ha colocado Adolf Hitler, que llegará a la Cancillería un 30 de enero de 1933.

Establecer la biografía de Hitler ha conllevado problemas. Y ello por dos razones: porque uno de los empeños fundamentales de su vida consistió en ocultar su personalidad llegando, ya desde la Cancillería, a prohibir toda posible publicidad sobre su vida privada, y porque él mismo estableció en *Mein Kampf* una versión perfectamente subjetiva de su vida, glorificadora de su personalidad, y con noticias puntuales de su origen y de su juventud que han debido de ser corregidas por la investigación.

La gruesa biografía realizada por Joachim C. Fest en 1973 se enfrenta con estos obstáculos a la vez que establece los datos biográficos fundamentales. No han faltado los intentos psicoanalíticos tendentes a explicar el desequilibrio y la inestabilidad de un carácter que pasaba de la más viva agitación a una aparente apatía (Saül Friedländer) ni las tempranas intuiciones (1933) de un Wilhelm Reich, atento a la psicología de masas y crítico de las explicaciones excesivamente mecanicistas, que puede escribir:

El jefe de la clase media alemana en revolución es hijo de funcionario y él mismo cuenta con precisión el conflicto al que tuvo que hacer frente y que es específico precisamente de la estructura de masas pequeñoburguesa. Su padre quería que él fuera también funcionario, pero se rebeló contra el proyecto paterno.

De entrada, Adolf Hitler es austriaco, nacido en 1889 en Braunau del Inn, localidad de la frontera bávara en la que su padre era aduanero. Proviene, como Mussolini, de la pequeña burguesía católico-provinciana, pero, a diferencia del Duce italiano, hasta los treinta años lleva una vida oscura y alejada de las organizaciones y de la actividad política.

El padre es trasladado a Linz cuando Adolf Hitler, cuarto hijo en una familia que ve desaparecer a los tres anteriores en la primera infancia, cuenta con cinco años de edad. Desarrolla sus estudios sin destacar especialmente, hasta el punto de que los interrumpe en 1905, sin acabar la enseñanza secundaria, habiendo fallecido su padre dos años antes.

Una cierta facilidad para el dibujo, y una excéntrica conciencia de predestinación artística hace que elija una idealizada vocación de pintor, de artista que podría escapar a las limitaciones de su entorno pequeño-burgués superando por arriba su fracaso en la escuela.

La primera juventud de Hitler, entre los dieciocho y los veinticuatro años, va a transcurrir en Viena, ciudad en la que intenta realizar su destino artístico. Por dos veces es rechazado su ingreso en la Academia de Bellas Artes, y en esta ciudad pasa lo que él mismo define como *la más triste época* de su vida.

Su propio testimonio en *Mein Kampf* hace que

Hitler saluda al presidente Hindenburg en presencia de Göring, Goebbels y los mandos del Ejército

Von Papen, von Blomberg, Hitler y Goebbels en una manifestación juvenil en honor de Hindenburg, Berlín, 1934

se haya repetido la imagen de su vida de «clochard», recurriendo a comidas y albergues benéficos, trabajando de albañil, etcétera. La anécdota puede hacer olvidar que la administración de su pequeña herencia, más una pensión de orfandad, conseguida dolosamente bajo el supuesto de que había ingresado en la Academia, hacen que dispusiera de unas 100 coronas mensuales.

En estas condiciones era señor de su tiempo, que ocupaba en pasear, frecuentar bibliotecas o seguir su pasión wagneriana asistiendo treinta o cuarenta veces a las representaciones de Tristán e Isolda.

Durante estos años se adhiere a las ideas en curso nacionalistas o pangermanistas, al antisemitismo latente en los medios vieneses, a una hostilidad hacia la democracia y sobre todo al socialismo nivelador.

Es un bagaje político elemental y difuso que acompaña a una situación personal en la que la esporádica venta de algunas acuarelas no elimina el permanente temor al futuro personal o la pendiente hacia una proletarización que tiene oportunidad de sufrir cuando escasean o se cortan los recursos familiares que fueron realmente su base económica durante su estancia vienesa, de la que salió, según sus propias palabras, *convertido a un antisemitismo absoluto, enemigo mortal de la ideología marxista y totalmente pangermano.*

En 1913, con veinticuatro años de edad, se traslada a Munich, centro artístico de la Europa prebélica. El cambio sirvió también para eludir el cumplimiento regular de su servicio militar en Austria, realidad debidamente oscurecida posteriormente.

Resulta grotesco que a Hitler se le acabaran de resolver sus problemas administrativo-militares mediante una serie de lamentaciones con las que conseguiría ser declarado *inútil para el servicio militar y servicios auxiliares. Demasiado débil. Inhábil para el manejo de las armas,* según reza el texto de la Comisión de Reclutamiento de Salzburgo.

Es la Gran Guerra la que va a encajar el destino individual de Hitler en la historia alemana y europea. El cabo Hitler, dos veces herido, cruz de hierro, voluntario desde agosto de 1914 en un regimiento bávaro, se va a encontrar en el Munich de la posguerra y en la Alemania de la derrota y de la revolución con el inicio de su carrera política y de su camino al poder. Hitler aprovecha su posibilidad histórica *con toda la energía del simplificador y del soñador irreflexivo (Nolte).*

La Alemania de la posguerra era un hervidero indescriptible de clubs y partidos nacionalistas, grupos paramilitares, *Freiekorps* alimentados por militares desarraigados por la guerra y dispuestos a hacerla contra bolcheviques, polacos, comunistas, judíos... y contra el propio gobierno.

La revolución, bien concretada y amenazadoramente sentida, era considerada como un acto de traición, al igual que la derrota y sus consecuencias en forma de pérdida de territorios, pago de indemnizaciones, etcétera. A la vez la democracia parlamentaria que se inauguraba era vista por estos sectores como algo extraño e impuesto.

La Alemania de la derrota

Sólo en Munich había en 1919 varias docenas de asociaciones más o menos políticas de este tipo. Una de ellas se denominaba Deutsche Arbeiter Partei (DAP).

El dirigente del pequeño círculo constituido por el DAP muniqués originario era un herrero empleado en los talleres ferroviarios, A. Drexler. La composición social del grupo era representativa del abigarrado Munich de la posguerra: el 25 por 100 (46 miembros), obreros, y junto a ellos 10 estudiantes, 22 soldados y oficiales, tres escritores, 19 comerciantes, 16 oficinistas.

Las preocupaciones básicas se articulaban en torno a la cuestión de por qué se perdió la guerra. La respuesta ya presentaba tonos antisemitas antes de que Hitler entrara en contacto con lo que a la altura de 1919 no pasaba de ser un club.

Al asesinato del primer ministro bávaro Eisner, judío por cierto, en febrero de 1919, sigue el estallido de una república consejista, esto es, soviética, que dura sólo unas semanas. Al igual que en Italia después de la ocupación de las fábricas, el peligro que acababa de ser eliminado continuó suscitando temores en muchos sectores.

Entretanto, Hitler continúa en el ejército a falta de otras perspectivas. Y en Munich y Baviera el ejército gobierna casi sin restricciones tras la República de Consejos, y desde la primavera de 1919.

El ejército descubre a Hitler como reeducador de cuadros militares y de soldados con el objetivo de contrarrestar y eliminar tendencias izquierdistas en su seno. En cumplimiento de estas funciones, la Reichswehr bávara le envía como observador a un mitin del DAP, del que se sospecha pueda tener algún componente socialista o comunista.

La reunión se celebra el 12 de septiembre de 1919, y en ella el dirigente G. Feder habla sobre *Cómo y por qué medios puede ser eliminado el capitalismo.* Hitler no se resiste a intervenir con la fogosidad oratoria que se estaba descubriendo por estas fechas. Llama la atención del pequeño grupo y pocos días después ingresa en el partido. *Fue la decisión más importante de mi vida,* señala en *Mein Kampf.*

La cuestión es comprender el proceso a través del cual un Hitler que en otoño de 1919 es un militante más de un oscuro partido bávaro antisemita, pangermano, nacionalista y revanchista, con una base obrera y de capas medias

La llegada del nazismo al poder coincidió con el auge de las dictaduras en buena parte de Europa; tal y como se aprecia en el mapa (arriba). *Dos carteles nazis exaltando la figura de Hitler y la militancia en el partido* (abajo)

alimentadas a la vez por contenidos antidemocráticos, antimarxistas y claramente opuestos a las oligarquías apoyadas en el gran capital, se hace con la dirección de este partido inicial, y a la altura de 1923, aceptado por todas las organizaciones de extrema derecha, intenta un golpe de Estado para ocupar el poder.

Son estos años precisamente los que han sido definidos como *turbulentos*, en los que se superponen el pago de las indemnizaciones de guerra, la ocupación del Rhur y una brutal crisis monetaria y económica. El derechista *putsch* de Kapp, en marzo de 1920, tiene un éxito completo en Munich, donde el ejército obliga a dimitir al primer ministro, el socialdemócrata Hoffman, y donde los socialistas pasan a la oposición.

La enorme inflación tiene efectos muy diversos sobre los distintos grupos sociales. Las clases dirigentes se aprovechan de la crisis en general. Por una razón muy sencilla: porque la inflación les permite rápidamente liberar deudas y se benefician en las exportaciones por la depreciación del marco.

Los años turbulentos

Son las capas medias las más afectadas, las que disponen de rentas fijas, los funcionarios, las pequeñas y medianas empresas. Se ha llegado a hablar de una auténtica expropiación de la pequeña y media burguesía alemana en las crisis de los primeros veinte. Aquí van a radicar los fieles e iniciales apoyos al nazismo.

Otro elemento a retener es la situación específica de Baviera, considerada como el *arsenal* de Alemania, y en la que el nacionalsocialismo temprano se asienta sobre un campo abonado por el ejército, por los cuerpos de voluntarios y cultivado por el *Bloque de orden bávaro*.

En febrero de 1920 tiene lugar el famoso mitin en la Hofbräuhaus, en el que Hitler bramó contra el gobierno, contra el Tratado de Versalles, contra los especuladores y acaparadores, contra los judíos. No dejaba de tener razón el autor de *Mein Kampf* al hacer un mito de esta manifestación con la que *se inició el desarrollo de aquella modesta ronda de bebedores de cerveza fundada por Drexler hasta convertirse en el partido de masas de Adolf Hitler* (Fest).

El año 1920 es el año fundacional del nacionalsocialismo. Hitler se va haciendo con el control del partido. Expone en el mitin de la Hofbräuhaus el programa de 25 puntos: antisemita, antiparlamentario, antimarxista y anticapitalista en cuanto que se hablaba de la abolición de las rentas no obtenidas por el trabajo, de la nacionalización de los trusts y empresas concentradas, etcétera.

Es cuando se añade, siguiendo el ejemplo de otros grupos austríacos, la palabra nacionalsocialista, convirtiéndose en el definitivo Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores o NSDAP. Y cuando se adopta la cruz gamada con un fondo rojo, símbolo que no fue inventado por Hitler como él afirma, sino por un odontólogo llamado F. Kronh en mayo de 1920. El partido aumenta a 3.000 afiliados y dispone a fines de año del periódico, primero semanal, *Völkischer Beobachter*.

Durante 1921 conquista definitivamente el poder en el partido. La intransigencia de Hitler en la cuestión de las relaciones con otros grupos afines fuera de Baviera (el de Dickel, de Ausbrug; Streicher, en Nuremberg, etc.), para los que contempla como única posibilidad la simple anexión en el NSDAP, supone el desplazamiento de Drexler en el verano de 1921 y su ascenso a presidente del partido.

Al poco, Hitler es celebrado como *nuestro Führer* en el mitin del circo Krone, e, inmediatamente después de haber conquistado el partido, funda (3 de agosto) las Schützabteilung (SA), auténtico ejército privado tanto para defensa del partido como instrumento de ataque. Ya se encuentra establecida esa mezcla de formas ceremoniosas y terroristas que va a caracterizar el ascenso del nazismo.

A finales de año, la calle, en Munich, pertenece al NSDAP, y por entonces se va imponiendo la abreviatura *nazi*. Es el momento en que se recluta a la mayor parte de futuros dirigentes: Göering, que dirige las SA; Hess, Rosenberg, Himmler, Strasser, Streicher.

Desde la primavera de 1922, el número de afiliados crece fabulosamente. Se creaban nuevos grupos locales en Baviera y en la Alemania septentrional, dándose la circunstancia de que Hitler sólo autorizaba la creación de un nuevo grupo cuando encontraba a un dirigente capacitado y de su confianza.

La procedencia de los nuevos militantes era de la clase media y de la burguesía, y también de las capas obreras. El propio Hitler lo llegó a definir mejor que nadie para estos momentos: *Para el trabajador consciente de su clase no hay lugar en el NSDAP, así como tampoco para el burgués consciente de su clase.*

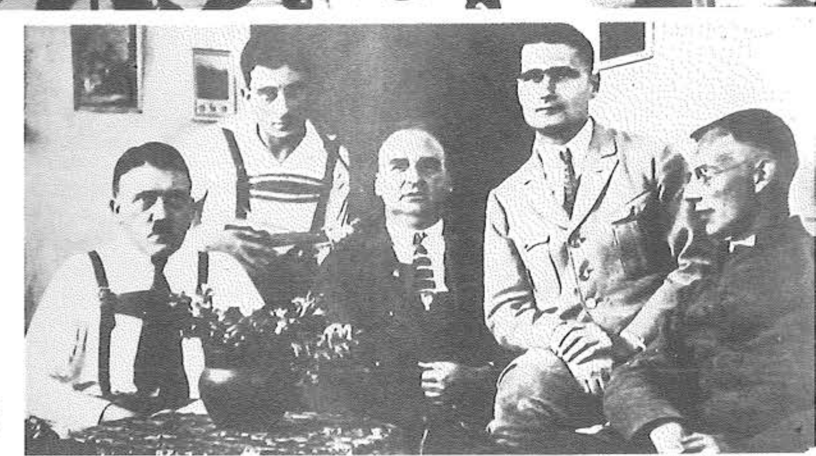
A fines de 1922, con el éxito del movimiento y la dominación indiscutible del partido, tras la toma del poder en Turquía por Mustafa Kemal, y sobre todo al contemplar los resultados de la marcha mussoliniana sobre Roma, Hitler se va dando, asimismo, en sus sueños un papel grandioso para el futuro.

Como se ha señalado, *Hitler hizo fortuna contra el particularismo bávaro. Pero a él le debe haber podido existir* (David).

Junto con esta situación de Hitler, y de un partido, el NSDAP, que en 1923 rebasa la cifra de 50.000 afiliados, y cuya presencia y desenvolvimiento políticos se ven *protegidos* por 10.000 hombres encuadrados en las SA, adviene el año *terrible* de la República de Weimar.

A principios de 1923, Francia y Bélgica ocupan el Rhur con el pretexto del incumplimiento alemán del pago de las reparaciones. La resistencia pasiva en el Rhur, ordenada por el gobier-

Los acusados en el proceso de Hitler, en 1924



Hitler, su ordenanza Maurice, Kriebel, Hess y Weber, fotografiados en la cárcel tras su condena en 1924

no Cuno, alimenta desorbitadamente el proceso inflacionista. En septiembre, el canciller Stressman forma el gobierno de gran coalición y, confiando razonablemente en arreglar la situación mediante negociaciones, anuncia el final de la resistencia pasiva.

Las reacciones políticas son generales, en forma de agitación nacionalista y separatista. Muestra de la primera es la tentativa de la Reichswehr negra, ejército clandestino con el que Buchrucker ensaya una reedición del *putsch* de Kapp marchando sobre Berlín en octubre. El ejército regular frena el intento.

Más peligrosas son las tendencias separatistas de una Baviera convertida en el bastión de la extrema derecha nacionalista. Von Kahr dirige aquí desde septiembre un gobierno separatista de extrema derecha que pretende sustraer a Baviera de la nación alemana vinculándola a la forma monárquica y a la dinastía de los Witteibach. Rompe con Berlín y aquí es donde interviene Hitler con unos objetivos muy distintos: crear en Baviera un gobierno nacionalista cuya autoridad se debería extender a toda Alemania, marchar sobre Berlín desde Munich.

El *putsch* de la cervecería consiste en que Hitler obliga por la fuerza a Von Kahr a formar un gobierno en el que participa el presidente del NSDAP. Los desacuerdos entre estas dos estrategias distintas dentro de la extrema derecha se traducirán en enfrentamientos callejeros, con 14 muertos y con el fracaso del intento en sus dos versiones.

El fracaso no sorprende a Hitler, que no pretende tanto tomar el poder como hacer caer al gobierno de coalición y asentarse más firmemente en Baviera. El siguiente proceso, los nueve meses de prisión a que se reduce la condena de cinco años, y la redacción de *Mein Kampf*, cuya primera parte se publica en 1925 (450.000 ejemplares vendidos entre 1925 y 1922; un millón, en 1933) proyectan la figura de Hitler definitivamente sobre el conjunto del mundo germano.

La pausa en la carrera de Hitler coincide con la época dorada de la República de Weimar. Son los años, sobre todo desde 1925, en que la prosperidad vuelve a reinar, el marco se estabiliza; el régimen parlamentario, apoyado en una sólida mayoría de centro, funciona de una manera normal, el Rhur es evacuado, Alemania ingresa en la SDN...

La estabilidad de la República

Nadie hubiera podido profetizar en 1928, cuando el electorado nacionalsocialista se reduce a un 2,6 por 100, que cinco años más tarde Hitler estaría en el poder y la democracia parlamentaria en ruinas.

Es el momento de la crisis del partido nazi. Cuando Hitler sale de prisión en 1925 se encuentra con un partido prohibido, reducido a 27.000 militantes, sin cabeza y fracturado en tendencias.

Constituye un peligro para Hitler el que, contra su opinión, los dirigentes nazis se hayan unido con grupos nacionalistas y antisemitas del Norte, formando una liga electoral, *Volkisch,* que obtiene dos millones de votos y 32 escaños; en ellos se sientan Strasser, Röhm, Ludendorf, Feder.

Es tanto el peligro de la disolución del nazismo como el de la emergencia de otro líder. Los problemas vienen sobre todo de los hermanos Strasser, que controlan el partido en el Norte y practican una política autónoma, más socializante y atenta a exigencias igualitarias.

Son dirigentes más receptivos hacia sectores del comunismo alemán e incluso veladamente partidarios de aproximarse a la Unión Soviética. Es el caso del primer Goebbels, funcionario del partido en Renania, que en 1926 podía escribir en una de las publicaciones de los Strasser: *Nada conseguiremos defendiendo los intereses de la propiedad y de la educación. Lo conseguiremos todo si movilizamos el hambre y la desesperación... Creo en el socialismo del proletariado.*

En un congreso de los dirigentes nortealemanes (Hannover, 1925) se propone la expropiación sin indemnización de las antiguas dinastías o se acuerdan planes de disolución de la gran propiedad territorial.

Hitler reacciona ante los problemas políticos. Impone sus puntos de vista en la conferencia nacional de dirigentes celebrada en Bamberg (enero 1926) y gana para sus posiciones al doctor Goebbels.

Es otro punto clave de su carrera. Y marcadamente significativo, porque en febrero de 1926 se dirige en un mitin privado a comerciantes e industriales de Hamburgo explicándoles que, al igual que en Italia, el renacimiento de Alemania sólo puede lograrse extirpando el marxismo.

Con ello se define el nacionalsocialismo y se incia la otra línea de apoyo social, que, reforzada tras la crisis de 1929, completará la explicación del ascenso nazi.

En 1926-27 recorre los medios industriales del Rhur insistiendo en el respeto a la propiedad privada. Simultáneamente pone orden en las SA (30.000 hombres en 1924), corrigiendo sus tendencias hacia la independencia de la dirección política (Röhm) y crea (1928) las SS a partir de su guardia personal.

En Bamberg, Hitler ha impuesto dos condiciones fundamentales: los 25 puntos de 1920 se conforman como el programa inmutable del partido; su presidente nombra directamente a los demás dirigentes.

Los años 1925-29 permiten, pues, a Hitler asegurarse la dirección exclusiva del movimiento, dotarlo de una ideología más cercana a su voluntad, suficientemente pragmática y flexible en función de una estrategia de acceso al poder, y reorganizar un NSDAP que, a pesar de su escasa incidencia electoral, crece en militancia y se conforma como un auténtico *partido-estado* férreamente centralizado (34 *Gaue* dirigidos por *Gauleiter* y divididos en *Kreise,* toda una estructura territorial y vertical), y como un *partido-sociedad* que multiplica sus organizaciones horizontal y sectorialmente: de jóvenes, escolares, mujeres, estudiantes, abogados... penetrando en el conjunto de la estructura social.

Hacia 1929, Hitler no cuenta apenas en Alemania. Pero ha dotado a su partido de una sólida estructura. Repentinamente, los acontecimientos vendrán a su encuentro.

NSDAP	Militantes
1925	27.000
1926	49.000
1927	72.000
1928	108.000
1929	120.000
1930	380.000
1931	800.000

Composición social hacia 1929

	% NSDAP	% (total Alemania)
Obreros ind.	28,1	45,9
Empleados	25,6	12,0
Profesionales liberales e independientes	20,7	9,0
Funcionarios	8,3	5,0
Campesinos	14,0	10,6



Hitler representado como protector de la nación alemana



Cartel electoral de Zentrum presentando a Brüning como el candidato contrario a los extremismos

Los jerarcas nazis encabezan un desfile en Munich

Resultados electorales del NSDAP

	Votos	%	Escaños
Mayo 1924.......	1.918.000	6,6	32
Dicbre. 1924.....	903.000	3,0	14
Mayo 1928.......	810.000	2,6	12
Sepbre. 1930....	6.383.000	18,3	107
Julio 1932........	13.800.000	37,3	230
Novbre. 1932....	11.700.000	33,1	196

La primera amenaza hitleriana fue contemporánea de la inflación. Su reedición definitiva coincidió con los efectos de la crisis económica de 1929, que de nuevo atrae al partido nazi a militantes y electores de las clases medias que temen su proletarización.

En plena cresta del desastre económico y social, Hitler se encuentra optimista y agresivo: *Jamás en toda mi vida* —declaró— *me había sentido tan bien y tan satisfecho de mí mismo como en estos días (Shirer).* Estaba comprobado cómo en una clase media en pleno hundimiento irrumpía el NSDAP como partido de masas.

Los efectos y repercusiones políticas de la crisis pueden ser muy variados. En la concreta formación social alemana son determinantes del crecimiento nazi: 800.000 militantes a fines de 1931, 300.000 hombres reclutados en el ejército privado de las SA, de los cuales, el 60 por 100 eran parados.

Por otra parte, es el hundimiento de la República de Weimar. Con la caída del gabinete Muller, en marzo de 1930, se acaba realmente el funcionamiento parlamentario, pues los gobiernos siguientes son gabinetes presidenciales que se apoyan en la confianza del presidente Hindenburg, y no en mayorías parlamentarias que dejan de existir desde las elecciones de septiembre de 1930.

Hitler esperaba en esta ocasión unos 50 escaños, y el NSDAP obtiene 107, con más de seis millones de votantes. Se encontraba, de un solo golpe, en la antesala del poder.

El presidente del Reich desea que los nazis acepten participar en el gabinete del centrista católico Brüning. No se equivoca el ya Führer en negarse, manteniendo la estrategia de alcanzar personalmente la Cancillería.

Esta clara voluntad política de ocupación del Estado para sustituirlo por su nuevo orden va acompañada de una prudencia política notable, tanto en la expresión de su respeto a la legalidad, como en sus más frecuentes y cuidados contactos con los medios industriales y financieros.

Estas posturas le pueden crear todavía problemas dentro del partido, que acaba resolviendo enérgicamente en su favor, pero a cambio le va ganando la confianza de una derecha tradicional temerosa del ascenso electoral simultáneo de los comunistas. En un principio, esta derecha pensó poder utilizar a Hitler integrándolo políticamente. Hitler supo no dejarle otra alternativa que la de su entrega al nacionalsocialismo ascendente.

Quizá un error de Hitler fuera concurrir a las elecciones presidenciales de enero de 1932 como candidato frente a Hindenburg. Obtuvo un grueso 37 por 100 de los votos, obligando a una segunda vuelta al mariscal. Además, el propio Brüning le había ofrecido la Cancillería si aceptaba prorrogar dos años el mandato de Hindenburg renunciando a las elecciones.

Las elecciones al Reichstag de junio de 1932 contribuyeron a paliar esta equivocación, pues el NSDAP consiguió 230 escaños y más de 13 millones de votos. Los nacionalsocialistas, diezmando a los partidos burgueses del centro y de las derechas, habían llegado al límite de sus posibilidades electorales. En el Reichstag de 1932, entre nazis y comunistas (89 diputados) reunían por primera vez más del 50 por 100 de los escaños.

El peligro comunista era hábilmente esgrimido por Hitler en sus contactos con los dirigentes financiero-industriales, que, por su parte, ya le aportaban fuertes ayudas económicas desde principios de 1932. A los representantes de la gran industria pesada renana el cada vez más seguro candidato a la Cancillería les explicaba que si el NSDAP se derrumbaba, Alemania contaría días después con 10 millones más de comunistas. Y a la vez, con habilidad, no deja otra opción distinta que la consecución para él de la Cancillería del Reich.

Los dos gabinetes siguientes al de Brüning intentan frente al nacionalsocialismo las dos políticas posibles. Von Papen prueba a integrarlo conciliadoramente, y Schleicher le declara la guerra, ofreciendo una cartera a Strasser con la esperanza de dividir al partido, o llegando a proyectar la ilegalización simultánea del NSDAP y del DKP.

Es imposible. Hitler cuenta con el apoyo y la disposición de buena parte del ejército; los grandes industriales (Krupp, Siemens, Von Schroeder, Cuno, Thyssen...) suscriben la propuesta de Schacht a Hindenburg para que intente la última solución, llamar a Hitler al poder. Algunos de ellos pueden pensar que es el único modo de domesticar al movimiento, de gran fuerza a pesar del ligero retroceso electoral de noviembre de 1932 (11 millones de votos y 196 escaños).

El 26 de enero de 1933, el viejo Hindenburg les dice a dos generales: *No irán ustedes a creer, caballeros, que voy a nombrar canciller a ese cabo lancero austríaco.* El día 30 lo nombraba canciller de un gabinete donde sólo había otros dos nazis: Frick y Göering, y junto a ellos nueve conservadores y nacionalistas: una situación idéntica a la del gobierno Mussolini después de la marcha sobre Roma.

La opinión pública alemana y europea no se preocupó excesivamente del acontecimiento. Los nacionalsocialistas celebraron la noche de aquel día con un gigantesco desfile de antorchas. Está naciendo el Estado nazi y la Alemania hitleriana.

La conquista del Reich

Por Julio Gil Pecharromán
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

EL día 30 de enero de 1933, los afiliados y simpatizantes del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP) se lanzaron a la calle en numerosas ciudades del país para celebrar un acontecimiento largo tiempo esperado: la llegada a la presidencia del Gobierno alemán del *führer* nazi, Adolf Hitler.

Esa noche, asomado a una de las ventanas de la Cancillería berlinesa, el antiguo pintor de brocha gorda recibía el homenaje de sus seguidores. Sin poder ocultar la alegría que le embargaba, el flamante canciller respondía con la mano a los saludos de la multitud.

A su lado se encontraban sus más directos colaboradores y los dos ministros nacionalsocialistas del nuevo gabinete: Wilhelm Frick y Hermann Göering. Detrás, silenciosos y algo taciturnos, los otros nueve ministros, representantes de las distintas fracciones conservadoras que apoyaban al primer ministro: el líder nacionalista Hugenberg; Seldte, el dirigente de la *Sthalhelm (Cascos de Acero);* el vicecanciller Von Papen; Von Blomberg, representante de las Fuerzas Armadas...

Todos ellos habían protegido en un primer momento al nacionalsocialismo para inclinarse ante su fuerza después. Todos ellos, como millones de sus compatriotas, lo consideraban un mal menor frente a la amenaza del *terror rojo.*

Sin embargo, los nazis estaban aún muy lejos de alcanzar su objetivo: la conquista total del Estado alemán. Aunque Frick ocupaba el importante Ministerio del Interior del *Reich* y Göering era presidente del *Reichstag* y ministro del Interior de Prusia —lo que le daba el control sobre la policía de tan importante *Land*—, Hitler era tan sólo el ocasional dirigente de una coalición conservadora.

Los partidos representados en el Gobierno no habían sumado más que el 42 por 100 de los votos en las elecciones de noviembre del año anterior. El NSDAP, con 196 diputados en una Cámara de 584, era un partido minoritario.

Bastaría con que se rompiera la precaria unidad de los gubernamentales para que los nazis se convirtieran de nuevo en un grupo de oposición. La *revolución legal* preconizada por Hitler debía quemar, pues, rápidamente sus etapas si el líder nacionalsocialista no quería ver al poder escapársele de las manos. Era necesario proceder con audacia.

La primera demostración de hasta dónde podían llegar los nazis dentro de la legalidad tuvo lugar en Prusia. Allí, Göering procedió a una rápida depuración de funcionarios desafectos dentro de su Ministerio y creó una *policía auxiliar* de 50.000 hombres, integrada por hitlerianos y miembros de los *Cascos de Acero.*

El canciller Hitler recorre en coche descubierto las calles de Berlín junto al presidente Hindenburg, 1 de mayo de 1933



Mayor importancia tendría aún la creación de un cuerpo de policía secreta, conocido abreviadamente por la *Gestapo,* cuya jefatura iba a entregar Göering al jefe de las SS, Heinrich Himmler. Con todas estas medidas se pretendía establecer un modelo a escala reducida de lo que iba a ser el Estado policiaco del *III Reich.*

Los primeros pasos

El primer día de febrero, el anciano mariscal Hindenburg disolvió el Parlamento, que apenas contaba con dos meses de vida. Ese mismo día, Hitler dirigió un mensaje al pueblo alemán en el que señalaba al *marxismo* como principal responsable del fracaso de la República y enunciaba un vago programa de gobierno destinado a *reconstruir la unidad de espíritu y de voluntad de nuestro pueblo* sobre bases tales como la defensa del orden familiar, la protección de los valores cristianos y el culto a *nuestras viejas tradiciones.* El *führer* concluía su mensaje rogando: *Pueblo alemán, dadnos cuatro años de tiempo y juzgad después.*

Libre de trabas parlamentarias —las elecciones se habían convocado para el mes de marzo—, el autodenominado *Gobierno nacional* comenzó a lanzar decretos, refrendados por el presidente de la República. El de 4 de febrero, pomposamente titulado *en defensa del pueblo alemán,* limitaba el derecho de reunión y la libertad de prensa, quitando así a la oposición la posibilidad de desarrollar una campaña electoral libre. A modo de advertencia, la policía clausuró ese mismo día 16 periódicos comunistas. Las SA multiplicaron su violencia callejera al abrigo del poder.

Pero el gran salto hacia la dictadura lo dieron los nazis a partir del 27 de febrero. Ese día ardió el palacio del *Reichstag,* en Berlín. Un retrasado mental, el comunista holandés Marinus van der Lubbe, fue descubierto mientras encendía una hoguera en el lugar del siniestro y sobre él recayeron las sospechas. No se encontraron pruebas concluyentes de que los nazis incendiasen el edificio, como pretendían sus adversarios, pero tampoco se puede afirmar lo contrario. De cualquier forma, quienes se beneficiaron del suceso fueron los hitlerianos.

Alarmado por lo que creía un atentado comunista, Hindenburg promulgó al día siguiente otro decreto *en defensa del pueblo y del Estado.* El documento suspendía las garantías constitucionales y abría paso a una virtual dictadura gubernamental al decretar que *las restricciones a la libertad personal, al derecho a la libre expresión de opiniones, comprendida la libertad de prensa, las restricciones a los derechos de asamblea y de asociaciones, las violaciones del secreto de las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas, las órdenes de registro y de confiscaciones, así como las restricciones sobre la propiedad, quedan autorizadas más allá de los límites legales previstos.* El decreto del 28 de febrero suspendía seis artículos fundamentales de la Constitución, los que afectaban a los derechos de la persona. Nunca serían restablecidos.

El golpe de marzo

La suspensión de garantías fue un auténtico mazazo para la oposición. El jefe del grupo parlamentario comunista, Torgler, fue detenido junto con los agentes de la *Komintern,* Dimitrov, Popov y Tanev, acusados de promover el incendio del *Reichstag.* Unos cuatro mil dirigentes y funcionarios comunistas fueron a parar a la cárcel, así como algunos políticos socialdemócratas y liberales.

El Gobierno utilizó ampliamente los poderes restrictivos que le había concedido Hindenburg. El 22 de marzo se inauguró en Dachau el primer campo de concentración para los miembros de la oposición. Pronto le seguirían otros muchos.

En semejantes circunstancias, las elecciones al *Reichstag,* celebradas el 5 de marzo, fueron todo menos democráticas. Aun así, los nazis no lograron la esperada mayoría. De 647 diputados, 288 lo eran por el NSDAP y 59 por otras formaciones nacionalistas. El Centro católico consiguió 73 representantes, 120 los socialdemócratas y 81 los comunistas. Los nazis habían obtenido el 43,9 por 100 de los votos emitidos.

Así pues, pese a los poderes casi dictatoriales de Hitler, la situación no había mejorado sustancialmente para su partido. Seguía dependiendo de los grupos conservadores para mantenerse en el poder, y la oposición, pese a las medidas represivas desatadas hasta entonces, continuaba siendo fuerte.

En consecuencia, Hitler decidió quitarse la máscara de legalidad con que había ocultado sus propósitos y lanzó un mensaje a sus seguidores invitándoles a acabar *rápida y radicalmente* con cualquier resistencia al *Gobierno nacional,* y a perservar en el objetivo prioritario de *aniquilamiento del marxismo.*

El mariscal Hindenburg, con sus facultades cada vez más mermadas por la edad —tenía ochenta y seis años— era incapaz de oponerse a los deseos de su canciller, que contaba con amplias simpatías en los círculos conservadores próximos al jefe del Estado.

El 21 de marzo, un nuevo decreto *en defensa del pueblo y del Estado* prohibía no sólo la oposición pública al Gobierno y a los partidos que lo integraban, sino también cualquier crítica, incluso privada, hacia los mismos.

Dos días después se inauguraron las sesiones del *Reichstag* en el edificio de la Opera Kroll. Parecía que el Parlamento iba a retomar las funciones que le concedía la Constitución, pero ello no era ya posible.

En primer lugar, la oposición comunista había desaparecido virtualmente: la mayor parte de sus diputados electos habían sido detenidos en

Discurso de Hitler durante una manifestación en Berlín a comienzos de su mandato

Miembros de las juventudes hitlerianas en un desfile

las semanas siguientes a la consulta electoral. Y los parlamentarios socialistas y liberales estaban, lógicamente, bastante atemorizados.

En segundo lugar, Hitler no estaba dispuesto a devolver su poder casi absoluto a un Parlamento de cuya fidelidad no podía estar seguro. En consecuencia, cuando se sometió al rito de presentar su programa ante el *Reichstag* lo hizo basándolo en un solo punto: la necesidad de que se le otorgaran plenos poderes durante los cuatro años siguientes.

Aquello equivalía al suicidio del poder legislativo, a la implantación de una dictadura de derecho en Alemania. Y el *Reichstag*, con la solitaria e inútil oposición de los socialistas, votó aquella ley, auténtico prólogo al *Tercer Reich*. Aquel documento, irónicamente titulado *Ley para suprimir la postración del pueblo y del Estado*, decía así:

Artículo 1.° Las leyes del Reich *pueden ser promulgadas por el Gobierno fuera del procedimiento normal contenido en la Constitución del Reich.*

Artículo 2.° Las leyes emitidas por el Gobierno pueden anular las promulgadas en consonancia con el contenido de la Constitución siempre y cuando el Reichstag *lo considere necesario para el bien del país. Los derechos del presidente del* Reich *permanecen invariables.*

Artículo 3.° Las leyes promulgadas por el Gobierno del Reich *serán suscritas por el canciller e insertadas en la publicación oficial del Gobierno.*

Artículo 4.° Los compromisos del Reich *con otros Estados no necesitan de la aprobación de los cuerpos legislativos correspondientes siempre y cuando el Gobierno lo estime oportuno. Para el cumplimiento de dichos compromisos, el Gobierno emitirá en su día las oportunas instrucciones.*

Artículo 5.° Esta ley entrará en vigor el mismo día de su publicación (...) y la misma quedará asimismo derogada por otra que emane en su día del actual Gobierno del Reich.

Con la ley de plenos poderes en la mano, Hitler ya no necesitaba desembarazarse del Parlamento. Por el contrario, un *Reichstag* leal a su persona podía ser un importante factor de legitimación para su dictadura. En los meses siguientes, por diferentes vías, los diputados no nazis fueron abandonando sus escaños. Y en adelante se hizo costumbre que, cada cuatro años, una Cámara uniformada de pardo renovase los poderes absolutos de su *führer*-canciller.

La disolución de los partidos

El sistema de democracia formal implantado por la Constitución de Weimar había consagrado la existencia de un régimen generosamente pluripartidista. A lo largo de los años veinte nuevas formaciones políticas se habían ido agregando a los grupos supervivientes del cataclismo bélico.

En un país donde coexistían legalmente nazis y comunistas, conservadores y socialistas, las tensiones eran continuas y el disfrute del poder generalmente precario. No obstante, todos los políticos que habían pasado por la Cancillería o por la Presidencia de la República, habían respetado el juego democrático y salvaguardado la existencia de las diversas opciones políticas.

Esto, sin embargo, no valía para el nuevo canciller ni para sus seguidores. La conquista total del Estado, planteada desde los mismos orígenes del NSDAP, exigía a los hitlerianos la eliminación de cualquier otro partido político en Alemania. La *ley de plenos poderes* autorizaba al canciller a llegar tan lejos como quisiera. Y en tres meses el panorama político del *Reich* iba a variar de un modo asombroso.

En el mes de mayo de 1933, dos órdenes del ministro del Interior, Frick, permitieron la confiscación de todas las propiedades de los partidos socialdemócrata y comunista. Los dirigentes del primero se habían mantenido en una escrupulosa postura de oposición legal y no fueron capaces de reaccionar. Los comunistas llevaban meses sufriendo una durísima represión y se preparaban para actuar en la clandestinidad.

El 22 de junio, el ministro del Interior declaró fuera de la ley al partido socialdemócrata, ya que *los acontecimientos de los últimos tiempos han proporcionado una prueba irrefutable de que la socialdemocracia alemana no se abstiene de actos de alta traición conta Alemania y contra su legítimo gobierno*. Puesto que, desde el 4 de abril, estaba en vigor una ley que castigaba con pena de muerte los atentados y sabotajes de todo tipo, la *alta traición* de militar en el SPD se convertía, en adelante, en un delito merecedor de la última pena o, cuando menos, del campo de concentración.

Pero tampoco los partidos burgueses iban a escapar a la quema. Ni siquiera los fieles aliados del *Frente de Harzburgo*. El 21 de junio, miembros de las SA asaltaron las oficinas del Partido Popular Nacionalista. Era una clara invitación a la disolución y el día 29, tras dimitir como ministro, Hugenberg procedió a deshacer su partido afirmando que *el Estado basado en los partidos está superado*.

El día anterior se había disuelto el conservador Partido del Estado; el 4 de julio les llegó su turno al Partido Popular y al Partido Popular Bávaro. Veinticuatro horas después anunciaba su desaparición el Centro católico, cuyos diputados se integraron en la minoría del NSDAP como gesto de buena voluntad de los católicos alemanes ante las negociaciones del Concordato con la Santa Sede, primer triunfo de la política exterior nazi, que se firmaría el día 20.

Después de este suicidio colectivo no quedaba en Alemania otro partido que el nacionalsocialista. Gran parte de los miembros de los partidos burgueses se integraron en el NSDAP; otros se retiraron a la vida privada y sólo una minoría

El cardenal Pacelli, futuro Pío XII, y Von Papen (a su derecha) *firman el Concordato de 1933*

Grupo de estudiantes nazis dispuestos a quemar impresos «degenerados», 1933

orientó su actividad hacia la lucha clandestina contra el régimen nazi.

Sin embargo, la Constitución republicana seguía teóricamente en vigor y Hitler necesitaba impedir que surgieran nuevas agrupaciones políticas. El 14 de julio se promulgó la ley *contra la formación de nuevos partidos,* que, junto con la de *plenos poderes,* serían la piedra maestra del ordenamiento constitucional nazi. En su artículo 1.º decía: *En Alemania existe como único partido político el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores.*

La igualación

La desaparición de las organizaciones de carácter político entregó a los nazis el control de los poderes ejecutivo y legislativo. Pero aún quedaban numerosos resortes de poder, diversos aspectos de la sociedad pluralista de Weimar, que se negaban a integrarse en el Estado *integral,* a sucumbir bajo la dictadura del NSDAP.

A la eliminación de estos grupos de carácter dispar —laborales, religiosos, institucionales, etcétera.— se la designó eufemísticamente como la *igualación,* esto es, la adecuación de toda la vida alemana a los rígidos patrones totalitarios del régimen nazi.

Antes incluso de terminar con los partidos, el Gobierno del *Reich* emprendió la tarea de disolver a los sindicatos germanos, gigantescas organizaciones de clase o confesionales que podían movilizar a grandes sectores de la población contra Hitler y sus seguidores. Las elecciones sindicales celebradas a finales de marzo de 1933 constituyeron un fracaso para el régimen: los nazis apenas obtuvieron la cuarta parte de los votos obreros.

Apenas un mes después, las organizaciones triunfantes no existían. El 1 de mayo fue declarado oficialmente fiesta nacional y se convirtió en una conmemoración de carácter nacionalista.

Al día siguiente, cuando aún no se habían apagado los ecos de la celebración, unidades de las SA ocuparon las sedes sindicales y detuvieron a sus líderes. En lugar del desaparecido movimiento obrero, los nazis crearon el Frente Alemán del Trabajo (Deutsche Arbeitsfront), sindicato único a cuyo frente se colocó el doctor Ley.

Las instituciones del Estado sufrieron también el proceso de *igualación.* Una *ley de reorganización de la burocracia* permitió excluir de los escalafones oficiales a los funcionarios no arios o presumiblemente desafectos al régimen. La autonomía de los *Lander* fue igualmente atacada por una serie de leyes que culminaron con la *ley de unificación del Reich,* que terminó con las tradicionales libertades regionales y puso en manos de funcionarios nazis (los *reichssthalter)* el gobierno de los antiguos Estados, convertidos en simples provincias.

La administración de Justicia fue objeto asimismo de la intromisión del partido. Las prerrogativas de los *Lander* sobre la materia fueron abolidas y en el mes de abril de 1934 se creó el Tribunal del Pueblo, organismo de carácter eminentemente político y destinado a juzgar, en primera y última instancia, los delitos de *alta traición* contra el régimen. Con ello se violaba la independencia del poder judicial y se sometía a los ciudadanos alemanes a la arbitrariedad de la *Gestapo* y de las autoridades nazis.

La vida cultural alemana, tan rica en la década anterior, también sufrió un enorme retroceso. Pese a que algunos intelectuales como Martin Heidegger, Ernst Jünger o Carl Schmitt apoyaron con mayor o menor calor al nazismo, la mayoría de los representantes del mundo de la cultura y de la ciencia, figuras mundiales como Albert Einstein, Thomas Mann, Bertolt Brecht o Kurt Weill, condenaron el nuevo orden y tuvieron que abandonar su país para escapar de una persecución que no dudaba en quemar miles de libros en fantasmagóricos autos de fe.

Las iglesias cristianas, por su parte, se dividieron. El nazismo terminó con sus organizaciones políticas y laborales. Sus juventudes se encontraban en franca desventaja con respecto a las del partido. Pero, en cambio, desapareció el peligro que para ellas representaban las organizaciones de clase.

En el caso católico, además, la temprana firma del Concordato colaboró en lograr un cierto clima de entendimiento entre las jerarquías eclesiásticas y las del régimen. Sin embargo, la actitud abiertamente irreligiosa de amplios sectores del NSDAP y la esencia misma de su sistema, lanzaron a la oposición a numerosos grupos de creyentes, que en los años del *Tercer Reich* coincidieron en la lucha clandestina con comunistas y socialistas.

La «noche de los cuchillos largos»

Sólo dos grupos de presión ajenos al partido, dos auténticos *poderes fácticos,* fueron capaces de enfrentar el reto hitleriano y salir parcialmente triunfantes. Eran el capital y la milicia. Para satisfacerlos, para obtener su colaboración, Hitler tuvo que sacrificar a varios de sus viejos camaradas y el NSDAP abandonar cualquier pretensión revolucionaria.

Siempre había existido una izquierda nazi que, identificada con el bolchevismo nacional que predicaban Jünger y otros, aportaba al partido un componente tan antidemocrático como antiburgués y anticapitalista. Dirigida en principio por Gregor Strasser, la presión de los conservadores del *frente de Harzburgo* había logrado la paulatina pérdida de influencia de su líder. Finalmente, Strasser había sido sustituido en la direc-

Hess, Göring, Streicher y Goebbels durante una concentración nazi



Cartel nazi sobre la política belicista del III Reich

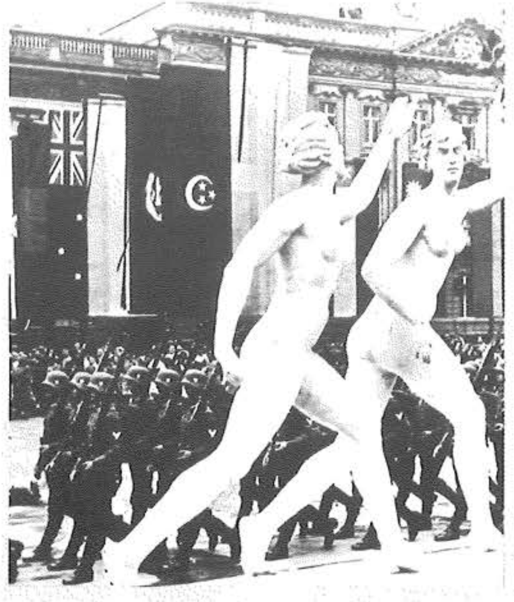
Heinrich Himmler



LA OLIMPIADA NAZI
(Berlín, 1936)

Todo lo había previsto el régimen nazi para que los juegos olímpicos de 1936, a celebrar en Berlín, fuesen el gran escaparate mundial de la Alemania hitleriana, de su prosperidad económica, de sus nuevas concepciones arquitectónicas, artísticas, cinematográficas. Pero, sobre todo, se trataba de establecer en el plano deportivo la superioridad de la raza aria.

Aquellas olimpiadas eclipsaron a todas las anteriores por sus instalaciones deportivas, residenciales, sanitarias, de comunicaciones. Todo estaba perfectamente organizado, establecido, pautado, previsto. Y, para ellas, se había preparado como nunca el equipo alemán, dispuesto a cosechar una lluvia de medallas...



Y así fue, sólo que los grandes éxitos alemanes tuvieron lugar en los deportes más minoritarios: seis medallas de oro en hípica, una en tiro, una en vela, dos en remo, una en pentathlon moderno; cosecharon dos éxitos importantes en boxeo, aunque intervino el factor ambiente para las decisiones arbitrales; dos medallas más de oro acopiaron en ciclismo; cinco en gimnasia...

Pero en el estadio olímpico, en las pruebas de atletismo, a las que asistió el propio Hitler, el fracaso alemán fue completo, o quizá cabría mejor decir que fue enorme el éxito norteamericano. Ese año los Estados Unidos, superadas sus habituales diferencias interiores en el plano deportivo, se presentaron en Berlín con un formidable conjunto, en el que, para mayor humillación nazi, abundaban los atletas negros.

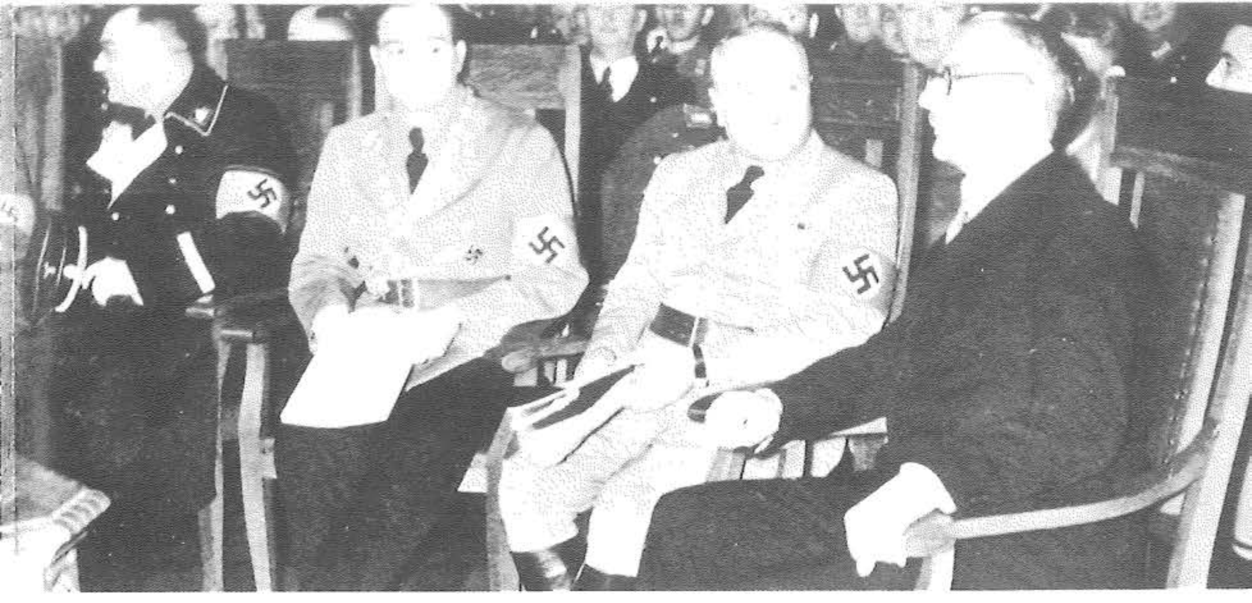
Uno de ellos, Jess Owens, veintitrés años de edad, fue el dueño del estadio durante una semana, saltando a la inmortalidad olímpica. En aquellos siete días consiguió 11 victorias (incluyendo las eliminatorias) y ganó tres medallas de oro individuales y una por equipos. En 100 metros lisos hizo diez segundos tres centésimas, que igualaba el récord olímpico; en 200 metros puso la plusmarca olímpica en veinte segundos siete centésimas, que tardaría veinte años en ser superada; y con el equipo de relevos 4 × 100 batió los récords olímpico y mundial, con treinta y nueve segundos ocho centésimas.

Pero donde brilló más la nueva estrella del atletismo fue en el salto de longitud, que encabezó desde el comienzo de la prueba hasta ser desbancado en el cuarto intento por un salto formidable del alemán Lutz Long, 7,87 metros, que constituía récord olímpico.

Rugió el estadio de entusiasmo, Hitler y su corte intercambiaron sonrisas y felicitaciones. Pero en aquel momento saltaba Owens..., voló sobre la pista, batió correctamente, se elevó batiendo el aire con brazos y piernas y aterrizó más lejos de lo que nunca antes llegó nadie y de lo que se tardaría muchos años en llegar... Un prodigioso salto de 8,06 metros, que sería récord olímpico hasta 1960.

La sonrisa se heló en los rostros de los jerarcas nazis y Hitler abandonó decepcionado el estadio, para eludir —dicen— estrechar la mano del atleta negro (*). Pero, al parecer, aún irritó más a Hitler un fallo organizativo que ponía en entredicho la tan cacareada organización y precisión alemana: subió al podio un atleta francés; en el mástil se izó la bandera egipcia y los altavoces del estadio iniciaron el himno nacional turco...

(*) Owens (Danville, 1913-Tucson, 1980) tuvo una meteórica y breve carrera como atleta. Estableció seis récords mundiales: 100 y 220 yardas y 200 metros lisos; 200 metros y 220 yardas vallas y, sobre todo, salto de longitud, 8,06 metros, que sería récord mundial hasta 1960. Un año después se pasó al profesionalismo. Tras la Segunda Guerra Mundial trabajó para el Gobierno como promotor del deporte.



Los ministros Schacht (derecha) *y Ley* (a su lado) *durante un acto oficial en 1934*

ción de la izquierda nacionalsocialista por Röhm, el dirigente de las SA.

Además de asumir las aspiraciones socializantes de amplios sectores de las bases del partido, Röhm acariciaba un sueño personal: fundir a las SA con el Ejército en una única milicia, bajo su mando y al servicio del partido. Semejante posibilidad aterraba a los militares de carrera, para quienes su integración en aquella masa de dos millones de nazis suponía la muerte de las amadas tradiciones militares.

Por tanto, empresarios y banqueros, por un lado —a los que disgustaba la vertiente populista del nazismo—, y militares, por el otro, tenían motivos para presionar sobre Hitler. A ellos se unían los enemigos de Röhm en el propio partido, especialmente el representante del ala derecha, Göering, y el jefe de las SS, Himmler, teórico subordinado de aquél. La lucha por el recién estrenado poder se complicaba con los problemas nacionales.

El 11 de abril de 1934, Hitler se entrevistó a bordo del acorazado *Deutschland* con el ministro de la Defensa, Von Blomberg y los altos mandos militares. A cambio de su apoyo en la sucesión de Hindenburg, el *führer* se comprometió a reducir el poder de las SA y a incrementar los efectivos de la *Reichwehr*.

La vasta conspiración, que se vio favorecida por los errores del propio Röhm, culminó el 30 de junio en la llamada *noche de los cuchillos largos*, en la que el dirigente de la SA, Strasser, y varias docenas de significados nazis fueron asesinados por los hombres de las SS.

En adelante nadie cuestionó la alianza de las fuerzas agrupadas en torno a Hitler. Los empresarios lograron una favorable legislación laboral y bastante libertad de iniciativa. Los militares obtuvieron todo tipo de compensaciones materiales y morales a cambio de su sometimiento al *führer*. Los jerarcas vencedores de la purga del verano del 34 se repartieron parcelas de poder a la sombra de Hitler.

Cuando el 2 de agosto de ese año falleció el presidente de la República, general Hindenburg, el canciller del *Reich* asumió la Jefatura del Estado sin ninguna oposición. La República de Weimar había sucumbido definitivamente y el *führer* conquistaba para sí la última esfera de poder que había escapado hasta entonces a su dominio. El *Reich de los mil años* comenzaba su andadura.

Bibliografía

Bettelheim, Ch., *La economía alemana bajo el nazismo,* Madrid, 1972. Bracher, K. D., *La dictadura alemana,* Madrid, Alianza, 1973. Bullock, A., *Hitler,* Barcelona, Bruguera, 1969. Carsten, F. L., *La ascensión del fascismo,* Barcelona, Seix Barral, 1971. Collotti, E., *La Alemania nazi,* Madrid, Alianza, 1972. Courau, R., *Historia de Alemania,* Barcelona, Caralt, 1966. Hegner, H. S., *El Tercer Reich,* Barcelona, Plaza y Janés, 1972. Kahler, E., *Los alemanes,* México, F.C.E., 1977. Klein, C., *De los espartaquistas al nazismo. La República de Weimar,* Barcelona, Península, 1970. Luxemburgo, R., *La Liga Spartakus. Dossier sobre la revolución alemana,* 1918-1919, Barcelona, Anagrama, 1976. Mandel, E., *El fascismo,* Madrid, 1976. Mosse, G. L., *La cultura nazi,* Barcelona, Grijalbo, 1973. Nolte, E., *El fascismo en su época,* Barcelona, Península, 1967. Id., *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas,* Barcelona, Península, 1971. Parker, R. A. C., *El siglo XX. Europa, 1918-1945,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Ramos Oliveira, A., *Historia de Alemania,* México, F.C.E., 1972. Shirer, W., *Auge y caída del Tercer Reich,* Barcelona, Caralt, 1971. Toymbee, A. J., *La Europa de Hitler,* Barcelona, Vergara, 1955. Wiskemann, E., *La Europa de los dictadores, 1919-1945,* Madrid, Siglo XX, 1978.

Estamos haciendo futuro.

